



Dietarios de Madrid Josep Pla

Prólogo de David Trueba

Madrid, 1921

El advenimiento de la República



DESTINO

Dietarios de Madrid

Madrid, 1921

Madrid. El advenimiento
de la República

Josep
Pla

Prólogo de
David Trueba

Ediciones Destino
Colección Destino Clásicos
Volumen 24

Títulos originales: *Madrid, 1921: Un dietari (1929-1957)*, *Madrid: L'adveniment de la República (1933)*

© Herederos de Josep Pla, 1981

© Editorial Planeta, S. A. (2020)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© del prólogo: David Trueba, 2020

© del epílogo: Jordi Cornudella, 2020

© de la traducción de *Madrid, 1921. Un dietario*: Alfons Sureda i Carrión, 1986

© de la traducción de *Madrid: El advenimiento de la República*: Eugenio Gallego, 1986

Primera edición en Ediciones Destino: marzo de 2020

ISBN: 978-84-233-5720-8

Depósito legal: B. 1.927-2020

Preimpresión: Aura Digit, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Febrero:
Historia de un joven
más bien pobre

Hagamos un poco de historia...

Terminé los estudios de la carrera de abogado, si mal no recuerdo, en 1919. Una parte del verano de aquel año la pasé en el Ampurdán, y después, en septiembre, entré a servir en el cuartel del regimiento de Asia, infantería de línea número 55, de guarnición en Gerona. En el regimiento no demostré ninguna disposición especial para las virtudes militares ni ningún conocimiento estratégico específico. Los toques de corneta me causaban rubor, y aguantar una fila humana trazada a cordel me daba vértigo. Ya entonces era lo que he sido siempre, a pesar de los esfuerzos terribles que he hecho para comprender la reglamentación y la disciplina: un individualista instintivo, fiero, insobornable. Cumplidas mis obligaciones con el rey, guardé la licencia en un canuto —como los soldados de antaño— y me fui a Barcelona dispuesto a hacer alguna cosa, a ganarme la vida.

Nunca fui sensible a la poesía de la toga y he de

hacer esfuerzos considerables para creer que puede haber en este mundo una sombra de justicia. Estudié la práctica del derecho y la legislación a ratos perdidos, según la ley del mínimo esfuerzo. Pasados los exámenes, me di cuenta de que había perdido el tiempo miserablemente. Ni las glorias del bufete, ni las virtudes de la burocracia, ni llegar a ser un hombre rico, sabio y respetado, me han seducido nunca. Para ejercer una profesión íntimamente vinculada con la justicia hay que tener mucha facundia, poseer una capacidad para el trato de gentes maliciosa, infatigable, tener el sentido de continuidad y la creencia de que la tarea de llenar papel sellado es una labor importante, casi sagrada. Me han faltado todas estas virtudes, que pueden llegar a ser nutritivas. Me ha fallado la juridicidad. Donde más viable me parece ese fracaso es en el don de gentes y en la vida social. Ciertamente, me gusta sumergirme alguna que otra vez en medios humanos espesos, de gran densidad. También he conocido medios más reducidos y refinados, constituidos por lenguas viperinas y reacciones de resentimiento, de maldad y de esterilidad. Pero todos estos remolinos, que a veces me interesaron por mera curiosidad, acabaron por dejarme frío. Puesto en medio de la gente y de las cosas muy pronto me doy cuenta de que allí estorbo (aunque sea un mundo pequeño), siento la nostalgia del aislamiento y de la soledad. Educado en una familia económicamente decadente y, por lo tanto —en el caso a que me refiero—, de un cierto tono moral, porque esta clase de familias suelen atribuir sus desgracias a la inmoralidad de los demás, comprendí desde muy

joven lo vivaz que es la memoria humana en lo que atañe al mal que se ha hecho y al bien que se ha dejado de hacer por abandono, por dejadez, por mero azar. Al punto comprendí que mi vida sería atormentada, a pesar de mi buena salud, por la presencia alucinante de la memoria, por la persistencia de problemas morales íntimos que la memoria avivada plantea a cada paso. Todo había de llevarme, pues, por comodidad al menos, a ser un contemplativo, un mirón, un simple transeúnte. Me faltó así, desde el primer momento, lo esencial para tener de mí mismo un gran concepto. Para tener un gran concepto de sí mismo es preciso colocarse o establecerse en algo real o aparentemente estable, y yo me he sentido siempre errático y nostálgico, conservador y voluble, franciscano y animal. Demasiado oscilante —excesivamente impresionable—. Por eso he dicho algunas veces que lo que más me habría gustado hubiera sido vivir en el horizonte de la mar sobre algo flotante y confortable, y navegar. Naturalmente, también me gustaría bajar, de tarde en tarde, en algún puerto maravilloso, deslumbrador y brillante.

Con todo, las circunstancias de la vida —esas circunstancias que siempre son largas de explicar— me llevaron a ser admitido en la famosa peña del Ateneo, que en la época de que hablo tanta importancia tuvo en la vida de nuestro país. Aquellos señores, que llevaban años reunidos en sesión permanente para observar las palpitaciones del tiempo, me recibieron con la curiosidad que se reserva a las personas de clasificación difícil (como puede verse en las historias que de la peña se han publicado hasta ahora), pero, como era

gente desprovista de prejuicios humanos, me acogieron con cordialidad. Esto no quiere decir que algunas veces Quim Borralleres no arrojase sobre mi médula espinal algún que otro jarro de agua helada para hacerme reaccionar contra mi oscilante abulia natural. Como buen ampurdanés, dado a la contemplación, trataba simplemente de administrar la galbana arcaica y recalcitrante que flota sobre aquellos paisajes. Fue Quim Borralleres quien me incitó a escribir, quien me sacó de las revistitas de autores noveles, quien decidió que, dado mi temperamento, tenía que trabajar en los periódicos. ¿Se equivocó? No lo creo. La solución no solo resolvió un problema urgente; con el tiempo llenó una aptitud temperamental.

Así me encontré, a los veinte años, ejerciendo el periodismo en Barcelona, de la manera más impenzada. En la adolescencia, me habría gustado dedicarme a la observación científica, pero no fue posible; después, para pasar el rato, terminé la carrera de abogado; finalmente me encontré un buen día de verano en una redacción barcelonesa, con una pluma en la mano. Es un poco difícil comprender estas ondulaciones. Ni yo mismo lo he entendido nunca.

Paso por *Las Noticias*

La peña del Ateneo debió de sospechar, pues, que yo era susceptible de salvación, y, en nombre del curioso organismo, Quim Borralleres se creyó obligado a presentarme al señor Miró i Folguera. El señor Miró era

redactor jefe de *Las Noticias*. El diario, propiedad de la familia Roldós, era adocenado y vulgar, pretendía dar una nota de objetividad y tenía una clientela —la clientela de este país, que ansía ser informada objetivamente sin haberlo conseguido nunca—. En nuestro país hay una gran cantidad de gente que cree en los milagros, que es, hablando en general, la misma gente que aspira a tener una información objetiva. Es naturalísimo.

A la sazón la redacción de *Las Noticias* se encontraba situada en un bajo de la calle Guardia, una travesía de la calle Nueva, o sea, de la calle del Conde del Asalto, antiguamente calle de Trencaclaus. Para llegar hasta allí desde la Rambla había que pasar brevemente por unas vivas sensaciones pituitarias: una mezcla de orines y de perfume de señorita más o menos dedicada a las pasiones del amor que tumbaba de espaldas. Si se lograba resistir, se llegaba luego a un sórdido portal, una vez traspasado el cual se abría un largo corredor que iba de la calle al fondo de las máquinas, a lo largo de un tabique gris, extrañamente iluminado e incierto. Paralelamente al corredor, a partir de la calle, estaba primero la redacción, después la gerencia, finalmente la dirección. Los tabiques que separaban los compartimientos eran bajos, no llegaban hasta el techo, de manera que el conjunto constituía toda la nave.

El diario estaba dividido en compartimientos rígidos y estancos. Entré como redactor de «Judiciales», pero en seguida me acumularon las «Provinciales» porque el redactor de esta sección pilló una tisis galopante. Me rogaron que me sentara ante la larga mesa común de la redacción entre las «Religiosas» y las «Agrícolas». Una vez comprendido

aquel elemental intrínquilis, todo parecía irrisorio y risible, pero los interesados se lo tomaban con una seriedad fúnebre y trascendental. Una vez me hice un desgarrón en la americana con la punta de un clavo que sobresalía en la silla. La esposa del redactor de las «Religiosas», cuyo presupuesto era más bien escaso, tuvo ocasión con ese motivo de hacer, a mis expensas, un zurcido descomunal. La cuestión era tener un lugar en la larga mesa y ocuparlo todo el tiempo. De todas formas, el lugar era malo. Quedaba cerca de la ventana enrejada que daba a la calle. Por aquella ventana entraba, sobre todo en verano, el tufo entremezclado de champú y ácido úrico, característico de los rincones del distrito quinto del momento.

Al otro lado de la mesa, en la esquina opuesta a la reja, había dos mesitas. Una ocupada por el señor Miró i Folguera, redactor jefe, y la otra por el señor Pallardó, secretario de redacción, corrector de pruebas y encargado de las «Taurinas». El señor Miró i Folguera, cuando llegaba el buen tiempo, se atrevía a llevar un chaleco de piqué blanco sobre su barriguita. Era pequeño, regordete, y, de no haber sido porque tenía un ojo en forma de huevo de palomo, habría resultado tan lindo como un tío de la época victoriana. El señor Pallardó era alto y siniestro: llevaba para trabajar una bata de color apizarrado que lo cubría hasta los pies. El señor León, de las «Municipales», afirmaba que el señor Pallardó había visto demasiadas corridas de toros para ser jovial. León era un hombre gordito, redondo, lerrouxista, tolerante, de resopón y amiguita.

Los primeros días, el señor Miró i Folguera levantaba a menudo la mirada sobre los lentes montados al aire que llevaba con el correspondiente cordoncillo y la posaba sobre mí. No sé lo que pensaba. Tal vez sus pensamientos se reducían a la conocida exclamación:

«¡Tan joven y tan desgraciado!».

Yo, en cambio, lo admiraba de una manera más positiva. Era liberal y hombre de principios. Se había pasado la vida haciendo diccionarios y era una enciclopedia viviente. En la redacción ejercía la censura sobre el estilo y sobre el sentido común de los redactores. El cargo era necesario, porque había un redactor que sabía descubrir noticias, pero no las sabía escribir, y otro montón de redactores que escribían de una manera discreta, pero no se enteraban nunca de lo que pasaba. El señor Miró era un término medio. En el Ateneo se decía que escribía de una manera torturada y que, si bien no sabía lo que pasaba exactamente, sabía «cómo han de pasar las cosas».

El señor Miró i Folguera se valía, para ponerse al corriente de las cosas del mundo, del *Times* de Londres. Por eso iba siempre con cuatro o cinco días de retraso. Lo que decía el *Times* era para él artículo de fe; lo que no decía, no existía. Así le sucedió no creerse que se había declarado la guerra hasta que el *Times* llegó a sus manos con la noticia. Como llegó con retraso, a causa del desorden que había en todas partes, fue el último hombre de Barcelona en enterarse. Entonces le dijo un amigo mío:

—Así que usted, señor Miró, no se cree lo que dice *Las Noticias*...

—Así, así... —contestó con aire enigmático, de misterio.

A las seis de la tarde, la redacción estaba completa. Yo llegaba con retraso. *El Liberal* salía a las seis y cuarto, y si no había leído previamente ese periódico me tenía por un hombre mal informado, sin la menor defensa. Hacía como todo el mundo: plagiaba. Los diarios de la tarde plagiaban a los de la mañana, y los de la tarde siguiente plagiaban a los de la mañana anterior. Era una rueda, con algún aditamento, naturalmente. Lo que enseña en realidad el periodismo es, quizá, a plagiar decentemente —cosa importantísima—. El plagio empezó con Adán y Eva y aún sigue. Puede que empezara antes. Así, el día que *El Liberal* venía colmado, *Las Noticias* hacía un papel brillante, presentaba unas «Judiciales» compactas y llenas de vida. El día que *El Liberal* venía esquilmado, *Las Noticias* salía anémico. No podía ser de otra manera. Por dieciocho duros al mes había que ir a la Audiencia cada día, pagar el pupilaje, comprarse zapatos, fumar picadura, tomar el vermut con algún amigo, comprar, de cuando en cuando, algún libro. Era una economía sin solución, de una esterilidad mineral absoluta, definitiva.

Un día, el señor Miró me dijo:

—Hay muy poca cosa...

Decidido, me calé el sombrero. Fui a dar una vuelta por la Rambla. Probablemente tomé un aperitivo. Al cabo de una hora, irrumpí en la redacción.

—Señor Miró —dije—, he aquí lo que hay...

Dos columnas sobre un crimen vulgar inflado, con detalles, reales, pero inventados, periodístico,

apetitoso. No tuvieron otro remedio que felicitarme. Aparte de los lectores del diario, nadie le hizo ni el mínimo caso. Nadie entabló la menor discusión. Tuve la impresión de que todos los caminos estaban abiertos, de que vivíamos en un lejano suburbio del periodismo.

El señor Barco, director del rotativo, llegaba a las seis y media. Entraba, indefectiblemente, con un cigarro recién encendido en la boca. El cigarro pasaba, durante aquella hora, por una serie de manipulaciones. Lo encendía en el umbral de la puerta. Al sentarse a la mesa directoral, lo apagaba. Al salir, para marcharse, hacia las ocho y media, volvía a encenderlo. Cruzaba la redacción en medio de una nube de humo, que decía bien con sus trajes azules, sus chalecos de fantasía, su tez rubicunda de labriego castellano, sus cabellos grises, corbatas claras y zapatos de charol, lustrosos. Al llegar a la calle, lo volvía a apagar. Una vez insinué la posibilidad de que el cigarro fuese siempre el mismo.

«Si persiste usted en esa afirmación —me dijo un día, aparte, el redactor de “Sociales”—, se juega usted la plaza y la situación...».

Cuando entraba el director, se hacía en la mesa larga un silencio imponente. No se percibía más que el tufo de champú y ácido úrico del distrito y el rascar de las plumas de los redactores sobre las cuartillas un poco amarillentas. Quiero decir que habría podido oírse volar una mosca —*voler une mouche*, como dijo Capus hace poco.

Pocos minutos después del director aparecía indefectiblemente un señor delgado, que andaba a

grandes zancadas, silencioso como una sombra. Era el señor Emili Tintorer, que venía a dejar la paradoja. Algunas veces traía más de una. ¿El señor Emili Tintorer? Así es: el señor Emili Tintorer.

El señor Emili Tintorer producía, en primera plana, la sección de las «Paradojas», que era una sección, a pesar de su título impresionante, tan normal como otra sección pedestre de la casa: las «Deportivas», las «Agrícolas» o las «Financieras». Tintorer escribió paradojas durante un número desorbitado de años, prácticamente toda la vida. ¡Escribir «Paradojas» toda la vida! Me entristecía solo de pensarlo; veía que el camino que había emprendido era un camino que no conducía a ninguna parte, una locura mansa, evanescente y vulgarísima.

También venía a veces el señor Roldós hijo. Era un señor melancólico, pálido, pasivo, que se sentaba en un rincón y dejaba pasar las horas mirando al techo y fumando cigarrillos. Era exactamente el tipo del señor que sale de su casa *para ir a hacer acto de presencia*.

El señor Miró servía de enlace entre la redacción y la dirección. Pallardó unía la redacción con la imprenta. Aparte de las tareas que hemos dicho que llevaba a cabo, estaba encargado de una sección de versos humorísticos a la que llamaban «Festivas». El señor Tintorer representaba, con sus «Paradojas», todo lo que la casa ofrecía a su público de lo que en aquella época se denominaba, en castellano, *substantia gris*. Pallardó, con las «Festivas», servía para desengrasar, para crear un ambiente —como si dijéramos— más agradable, frívolo y ligero. En aquella época la persona capaz de escribir cualquier bobada

en verso era considerada un genio. Escribir en verso se tenía por una actividad difícilísima, sobre todo si se ponía música a alguna reflexión filosofoide, cam-poamoriana, sentimentaloides y contraria al encarecimiento de los alimentos y las subsistencias.

El señor Pallardó era un hombre serio, de pocas palabras, de facciones y porte vulgares. Tenía un despachito en la imprenta para corregir las pruebas, y las corregía en camiseta. Para venir a la redacción —generalmente a comer un bocado de la variedad de provisiones que guardaba en el cajón de su mesa— se ponía un guardapolvo de viajante de comercio. En la casa, el señor Pallardó pasaba por un genio ignorado.

El señor Barco desempeñaba en la casa unas funciones determinadas. Para ser director poseía, por supuesto, la única cualidad que exigió siempre la familia Roldós al director de su diario: tenía un nombre castellano. Yo siempre sospeché que si, en vez de llamarse Barco, hubiese llevado un nombre menos divertido y más típico —Hurtado de Mendoza o Sánchez Giménez—, le habrían subido el sueldo. El caso es que tenía unas funciones determinadas. En primer lugar, velar por que los redactores leyesen el periódico, seguramente para que todos se impusieran de lo que se trataba y de lo que buscaban. El redactor que no pasaba por ese aro perdía su confianza. Yo no tuve nunca aguante suficiente para resistir la lectura de lo que, cada noche, escribíamos cuatro aficionados en un bajo de la calle Guardia. Fue el origen de mi separación prematura y, en cierta manera, escandalosa. El señor Barco tenía en *Las Noti-*

cias una función más importante que las que hemos mencionado. Escribía las novelas de folletín. Ciertas novelas del señor Barco tuvieron un gran éxito entre el pequeño comercio, y la gente las leyó creyendo que eran de un folletinista francés. Como las habitaciones eran descubiertas, como ya hemos dicho, de una habitación a otra se oía todo lo que pasaba. Las novelas eran dictadas por su autor de las seis y media a las siete y media, es decir, en los momentos de trabajo intensivo y silencio profundo en la mesa larga.

«En la noche lúgubre y oscura, sonó un tiro y se vio el resplandor de un fogonazo —le oí decir un día—. La adúltera cayó muerta...». No pude contenerme y solté una risotada que hizo temblar la casa. Se produjo un silencio angustiioso. El señor Barco enmudeció... El señor Miró se puso blanco como el papel. Uno tras otro, los redactores me miraban, sorprendidos hasta lo indecible, con una inmensa conmiseración. En un momento determinado se me acercó el de las «Agrícolas» y me dijo aparte, sibilino, con voz truncada y enseñando unos dientes verdes: «¡Se ha jugado usted el puesto!».

Y así fue, efectivamente. No traté de justificarme. Perdí el puesto.

Entrada en *La Publicidad*

Me encontré, pues, sin oficio ni beneficio, en una situación muy semejante a la de una mesilla de noche en medio de la calle. (Esta imagen, que después se

hizo muy popular y con la que se quiere dar una idea de precariedad humana, es mía).

No tuve más remedio que recurrir otra vez a la amistad de Quim Borralleres. Era el pontífice, moroso, desasosegado e inmóvil, de la peña del Ateneo, y yo había entrado en esa *coterie* con muy buen pie. Había entrado por Alexandre Plana, que había llevado su amistad candorosa al extremo de ir a verme a Girona, en el regimiento. Los del grupo de la peña que podríamos llamar de París —Josep Maria Junoy, Pere Ynglada, Joaquim Sunyer— me trataron con gran simpatía, y, como Quim Borralleres navegaba entonces en un océano de sensibilidad situado entre Wagner y París, siempre tuve allí una entrada facilísima.

El último año de la carrera escribí alguna cosilla. En *L'Instant*, una revista efímera y pedante dirigida por Junoy, que salía por entonces en Barcelona, publiqué una nota sobre el libro de Codet *César Capéran ou la tradition*. Ese escrito, que si tenía cierta gracia, ello era por ser inconsciente de cabo a rabo, gustó a unos cuantos intelectuales. Esos señores me veían parado, sentado con las piernas cruzadas, fumando, y no tuvieron la caridad de dejarme en paz.

«¿Por qué no se dedica usted al periodismo...? De manera provisional, desde luego...», me dijeron, insinuantes.

Me llevaron a presencia de Romajori, que entonces dirigía *La Publicidad*.

Cuando me tuvo sentado delante de su mesa de trabajo:

—¿Le gusta a usted el periodismo? —me preguntó en tono un tanto balbuciente.

La pregunta había sido formulada con tanta cordialidad, con tanto empeño por ganarse mi voluntad, que me pareció entrar en un mundo insospechado. El país es más bien duro, agrio y atrabiliario, sobre todo para las personas que vienen a mesa puesta. Por otra parte, el recibimiento que me dispensó el señor Jori me dio idea de la fuerza de la peña del Ateneo, que entonces era grandísima. Las minorías selectas del país no habrían podido resistir una crítica hecha por la peña en nombre del sentido del ridículo. Dominaban la prensa, había libertad de discusión y, como la peña estaba formada por gente de mucha agudeza equilibrada con elementos ciertamente más obtusos, su actuación surtía efectos infalibles.

—Creo que sí..., pero, francamente, no sabría decirselo con certeza... —le contesté después de pensármelo un rato.

El señor Jori estaba sentado con abandono detrás de la mesa y sujetaba entre las manos el puño de plata de un bastón barnizado. Mientras hablábamos iba dando golpecitos con la contera del bastón sobre los baldosines. De vez en cuando se pasaba la palma de la mano por encima de la frente amplia y abombada y de los cabellos cortos, medio mojados, desordenadamente peinados. Era un hombre bajo, de aire iluminado, la cara pequeña y animada, los ojos redondos y un poco asombrados. De pie, se tenía de una manera extraña y siempre daba la impresión de que los pantalones le iban cortos. Jori era un pequeño payés desambientado para la vida de gran ciudad, un pequeño payés que creía de buena fe en esas insignificantes tonterías que se llaman refinamiento y arte.

Se afeitaba por su propia mano y lucía unos aladares oblicuos y absurdos, cortados a veces sobre la oreja. Esos aladares me causaban gran extrañeza porque no me había movido nunca del país. Después he visto, en Londres, aladares tan extravagantes como los de Jori, o incluso más, y hoy puedo afirmar que no concedo la más mínima importancia a tales admículos capilares.

Salimos de esa primera entrevista habiendo trabado amistad, y me puse a trabajar. Empecé a tratarlo asiduamente y, a medida que iba conociéndolo mejor, mayor iba siendo mi extrañeza. Yo tenía formada cierta idea, naturalmente, de lo que ha de ser un director de periódico. Ha de ser un hombre —me decía convencido— que sienta con pasión la actualidad, un hombre que sepa hacer una primera y rápida simplificación del material caótico y ruidoso que segrega, cada día, el material humano. Pues bien: Jori lo sentía todo menos la actualidad. En la redacción parecía un pájaro enjaulado. Cada vez que tenía que leer un original o un recorte, los ojos pequeños y redondos se llenaban de espanto y tenía que hacer un esfuerzo para clavar la vista en el papel. En la casa se pasaba la vida paseando. Caminaba alzando el cuerpo a cada paso, las manos en los bolsillos del pantalón, la cabeza hundida entre los hombros, distraído y distante. Durante esos paseos se detenía ante las reproducciones de las obras de arte —Velázquez, Delia Robia, Renoir— que había hecho colgar en las paredes y los pasillos del piso del paseo de Gracia. Algunas veces se acercaba hasta el balcón del patio y se quedaba embelesado delante de las ramas de la acacia del minúsculo jardín y

del pedacito de azul que se vislumbraba entre los muros urbanos. Lo contemplaba con una tristeza sin remedio, total.

Había algo más. Todo aquel mundo pintoresco y feroz que gira alrededor de las redacciones —el visitante pesado, el político turbio, el *aferista* desenfrenado, el aventurero diletante— infundía a Jori una extraña desazón. Tenía que recibirlos, escucharlos, estrecharles la mano... No podía reprimir el nerviosismo... Arrugado el entrecejo, la frente abombada, el pecho hundido, daba delante de ellos aquellos pasitos hacia atrás tan característicos, golpeteaba con la contera del bastón, ponía una carita de cumplido que metía miedo. Cuando se los había quitado de encima se acercaba a la gata de ojos dorados que dormía sobre un montón de papeletes y sonreía con aquella sonrisa suya de timidez y amargura, de piedad y crueldad, los dientes apretados, los pantalones cortos, iluminado.

A los veinte años, este martirio gris y continuo de un hombre desambientado y descentrado me causó una gran impresión. Era el primer caso que veía. Después, más tarde, he visto que son muy pocas las personas en nuestro país, y en otros países, que están en el lugar adecuado, hecho a propósito.

Cuando menos, lo que podríamos denominar —sin intención, por supuesto, de dramatizar— el caso Jori ha influido en mi vida. A su lado me preocupé —por un sentido primario de la previsión— de cuál era mi camino natural. Como aún no lo he encontrado, he vivido, intelectual y físicamente, en una constante, desagradable interinidad. Esto ha acentuado mi apariencia fluctuante, no me ha dejado fi-

jarme. Sus olímpicos e imperceptibles encogimientos de hombros me impulsaron a tomármelo todo como si tal cosa, con una actitud de tanto se me da. Me acostumbré a ello. Fui a París, fui a Madrid, como habría podido ponerme a copiar escrituras notariales.

«Como le parezca —me decía Jori—, escriba usted lo que quiera... Trate de escribir claro...».

Esto es un buen consejo, pero es insuficiente. Habría sido, tal vez, más conveniente que me hubiese dicho:

«Sea correcto, trabaje, ¡pero no esté en Babia! ¡Oveja que bala, bocado que pierde...!».

«¿Jori? ¡Jori es un escéptico dentro del pesimismo...!», solía decir entonces, en la peña, Josep Maria de Sagarra, con una fonética aristocrática y nasal y el sobrecogimiento filosófico de la formación jesuítica compacta.

Esta es, en realidad, mi historia. Y este libro va ligado a esa historia en el sentido de que es una obra escrita sin tener una necesidad concreta de hacer nada en particular. Si la cuento, no es para justificarme. Es simplemente para rogar a quienes vengan detrás de mí que hagan todo lo posible por evitar lo que a mí me ha hecho daño.

Febrero: M. Z. A.

Llevaba tres o cuatro meses en París cuando Jori me mandó llamar. Me dijo que Madrid llevaba trazas de animarse y que con la llegada del buen tiempo la situación probablemente se pondría sabrosa. Me auto-

rizó a que me tomase el viaje de regreso con calma, y lo aproveché. Me detuve en Montauban para visitar el museo Ingres, que me causó un gran efecto ante la árida y bestial invasión cubista que se cernía sobre los ambientes que solía frecuentar en París. Después bajé a Castelnaudary para comer el *cassoulet* de Castelnaudary, que es realmente impresionante. Me encantaría ahora discutir las diferencias que hay entre el *cassoulet* de Toulouse del Languedoc y el de Castelnaudary, aquilatar sus matices, examinar su composición, constatar las cualidades de uno y de otro. Pero quizá más valga que lo dejemos correr para no ser tildados de materialistas. Otra vez será. Castelnaudary me pareció una pequeña ciudad (subprefectura) rica y lánguida. Por ella pasa el canal du Midi. Los paisajes de agua y de árboles que crea este canal a su paso por la ciudad son fascinadores. ¡Qué ciudad para cometer en ella un adulterio secreto y apasionante! Seguidamente marché al Rosellón, y el amodorramiento de Perpiñán —ciudad para mí totalmente desconocida— me echó a la Cerdaña francesa, donde un buen día me encontré en la Guingueta, en la terraza del Hotel Salvat de Bourg-Madame, tomando el aperitivo con Manolo, Frank Haviland, Junoy y Déodat de Sévérac. Agradable. Manolo me instaló en el desván de la masía que ocupaba en Osseja, y la estancia se alargó desmesuradamente. Haviland estaba con nosotros, y sospecho que pagaba una buena parte de los alimentos que comíamos. Cuando estábamos en su compañía, Manolo me guiñaba un ojo, con el mismo ademán que el fraile que ha hecho una buena colecta. Hacía tres o cuatro meses que Havi-

land intentaba dibujar el mismo árbol y no estaba nunca satisfecho. El árbol lo rehuía, indomable. Si no hubiera sido por las tormentas de montaña, los truenos y relámpagos, que enervaban a Manolo y le hacían temblar como un azogado, la estancia en Osseja habría sido una sorprendente e interminable maravilla de ingenio, de conversación y de generosidad. Después me fui a Banyuls, villa de la que tenía referencias por Pere Ynglada, que había pasado en ella una gran parte de la guerra que acababa de terminar. El pequeño pueblecito era un sueño de bienestar. No caí en la cuenta en seguida, porque los hoteles me parecieron mediocres. Fue un poco más tarde y por haber tenido acceso a algunas casas particulares que lo vi claro. La buena cocina es importante en Francia porque su concepción ha llegado a todos los estamentos de la sociedad. El impacto igualitario se descubre en Francia en la cocina, principalmente, que no tiene rival —y por diversas razones— en la inmensa mayoría de los hogares.

Y así un buen día —porque aún pasé algún tiempo en el Ampurdán— me encontré cara a cara con el señor Romà Jori, en su oficina del paseo de Gracia.

—Viajará usted a Madrid con Joan Crexells —me dijo—, que ha sido hasta ahora nuestro corresponsal en Berlín y que va a Salamanca a dar unas conferencias filosóficas. Cosas de Unamuno, ¿comprende? Me parece que le gustará.

Ya conocía a Joan Crexells. En aquella época, por otra parte, todo me gustaba.

—Y en Madrid, señor Jori, ¿qué tendré que hacer? —le pregunté.

—Lo que le parezca. Ya irán saliendo cosas... Escriba claro.

Hizo repiquetear el bastoncito sobre los baldosines y dio por terminada la conversación.

Me encontré con Joan Crexells en la estación del paseo de Gracia. Lo encontré sulfurado. Cuando Crexells se sulfuraba, se le encendía la tez. Estaba indignado por el número excesivo de personas que llevaban guardapolvo para viajar. Le parecía vergonzoso. Así, mientras nos instalábamos en el coche-cama, tuve que escuchar la perorata de un hombre indignado:

«Ya ve usted... —me dijo—. Cuando vamos de viaje propendemos a convertirnos en una especie de cosa extraña, unos seres de sexo incierto, algo parecido a los practicantes de farmacia. Eso que llamamos guardapolvo (que en nuestro país es el uniforme del sodomita pobre) fue inventado hace muchos años, pero creo que hemos sido nosotros quienes hemos aplicado esa siniestra indumentaria a los viajes en ferrocarril. Los viajeros de comercio la han adoptado, y la población civil e incluso la eclesiástica, pues en nuestro país hasta los curas lo llevan, los han imitado. La infame túnica ha sido adoptada también por la población del mediodía de Francia, de Valencia, y por las clases cultivadas de Aragón. Y así, cuando llega el verano, por el territorio de la antigua monarquía viaja un estamento vestido de manera vergonzosa y desagradable».

Y, efectivamente, era cierto. Aquella noche, en el expreso, aparte de dos ex-ministros, dos o tres ingleses, el maquinista, la Guardia Civil, Crexells y yo,

todo el mundo lo llevaba puesto. Los había de diversos colores, del negro al amarillo canario. De todos los guardapolvos conocidos, el más desagradable es el de tela basta para cubrir colchones de color oscuro. Es una prenda que evoca algún terrible fracaso familiar, parece el uniforme de alguna especie de músico tierno, viudo e insoportable.

«La experiencia me demuestra —dijo Crexells— que, de las personas que visten esta clase de túnicas, se puede esperar cualquier cosa. Se puede esperar un hombre que viaja con las maletas completamente vacías, que es algo que me pone carne de gallina, o uno de esos otros hombres que inopinadamente se sacan del bolsillo del pantalón un sándwich de albondiguilla: ¡perfectamente, de albondiguilla!».

Hasta Reus no pudimos decir palabra. Cada vez que cruzaba el pasillo del vagón un señor con guardapolvo se nos caía la cara de vergüenza. Habríamos tenido un pésimo viaje, porque cuando uno va por el mundo y ve alguna cosa que no le gusta construye fácilmente teorías desagradables para el país que atraviesa.

Mientras tanto, así que hubo dejado atrás Mora, el tren enfiló los túneles del Ebro y la atmósfera del vagón cambió instantáneamente. Un humo de carbón de ínfima categoría, infecto, irrespirable, fue infiltrándose por los intersticios de las ventanillas hinchando nuestro cuerpo de una sensación única, absolutamente unitaria, desagradabilísima. Aquel humo estadizo, agostado, descolorido, humo de pobre, fue desdibujando las líneas del contorno del compartimiento y en cierto momento pareció que

nos encontrábamos en una cueva de gitanos. Inicióse nuestra personal transformación. Crexells solía llevar unas camisas blancas, inmaculadas. La camisa de mi compañero fue tornándose primero de un color incierto; después fue agrisándose francamente, de una manera alarmante. La piel de nuestros rostros sufrió el mismo proceso y, dentro de la bruma pestilente del vagón, adquirimos cierto aire fantasmagórico. El tufo que despedía el humo era ciertamente insoportable; pero había quizá una cosa que molestaba más todavía: la sensación de ir ensuciándose sin culpa alguna, sin hacer nada para ello. Acurrucado en un rincón del asiento, empecé a comprender la eficiencia de aquella túnica siniestra que tanto habíamos criticado. A Crexells le asaltaron tal vez los mismos pensamientos. Ante aquella miserable situación resultaba de todo punto evidente que quienes llegaríamos a Madrid en un estado más deplorable seríamos los que no llevábamos guardapolvo. Pero no hice ningún comentario. La discreción exige que las ilusiones de la juventud se vayan perdiendo sin hacer aspavientos. A Crexells y a mí quizá nos conviniera el mundo de la belleza, la perfección y la gracia, pero de hecho vivimos en un mundo de carbones irrespirables y guardapolvos tronados. Estuve tentado de decirle:

«Hay que ponerse a estudiar economía... No entendemos nada de lo que está más allá de nuestras narices...».

Pero no me atreví.

Junto a Crexells, sin embargo, no hay manera de sentirse abatido. Es un joven de mi edad, quizá ten-

ga un par de años más. Ahora debe de tener veinticuatro años. Viene de Alemania. Es un hombre versado en lo que se denomina la alta cultura, en esos juegos sublimes del espíritu que han inventado los hombres de más persistente imaginación para pasar el rato y matar el tiempo. Eso me da envidia. Saber las tres o cuatro teorías que hay sobre cada cosa, conocer el léxico y el instrumental, saber el significado real de las palabras, le iría bien a mi temperamento errante, a mi temperamento —digamos— de sobremesa. Al lado de Joan Crexells me siento un terrible, un profundísimo ignorante.

Los ampurdaneses tenemos la manía de la cultura y de aprender. Somos incorregibles, y no sé de dónde nos viene esa obsesión extraña: probablemente del hecho de ser la gente de Cataluña con menos reminiscencias feudales y góticas a causa de la fuerza de las influencias francesas. Es extraño lo que nos ocurre: en realidad no sabemos coger afecto más que a las personas que nos han enseñado algo. A mí, particularmente, lo que más me gusta cuando hablo con alguien es poder decir para mis adentros:

«Calla, que ahora marcha bien la cosa..., no te distraigas, que ahora aprendes...».

Esto era lo que ocurría con Crexells. Le hacía hablar de todo cuanto podía. Alguna que otra vez y, naturalmente, siempre dentro de mi absoluta ignorancia, lo contradecía, y esto le regocijaba. Daba gusto entonces verlo reír. Se le congestionaba el rostro, se retorcía, se tapaba la boca con el pañuelo, hacía unos gestos, con los brazos, como si dirigiese una sinfonía. Tales risas son una buena señal porque de-

muestran que este joven, a pesar de su edad, a pesar de que esa edad supone un interés mayor por la filosofía que por la verdad, sabe de todas maneras que en lo que dice hay una gran parte de fantasía. No hay nada más parecido a un salvaje que un hombre muy cultivado que no acepta la contradicción del ignorante.

Crexells es un muchacho alto, delgado, de maneras algo bullidoras y silabeantes. Cuando éramos estudiantes llevaba unos lentes montados al aire de los que colgaba un cordoncillo negro. Luego el cordoncillo se convirtió en una cadenilla. Así es como lo veo: las facciones normales, correctas, la cabeza pequeña, en la cara una sombra casi invisible de atención, de duda, de profundidad. El frescor rubicundo, un tanto áspero, que teñía sus mejillas en la época de la universidad se ha vuelto de un rosa pálido afinado. No sé por qué me parece que la fiebre cilla intelectual llega a ser, en su cuerpo, un atisbo de trasudor real, una tibieza trémula, menuda, desdibujada. Crexells camina con la cabeza airosa, erguida, con un porte de elegante distracción.

Febrero: Madrid.

Una señora ambientada

Llegado a Madrid, mi compañero me dijo que tenía en la ciudad una tía muy lejana, pero de compromiso, y que quería hacerle una visita. Llovía, no eran horas de ir a ninguna parte y los establecimientos no habían empezado a tostar el café. Insinué a Crexells

que tendría sumo gusto en conocer a su tía. Él agradeció la atención y fuimos juntos.

La señora vivía cerca de la estación de Barcelona y era maestra nacional. Era una persona muy agradable, muy locuaz y de una gran vitalidad, corpulenta, pero rígidamente encorsetada.

Durante todo el tiempo que estuvimos con ella, no calló ni un momento. Se puso muy contenta al ver a su sobrino, y yo, que fui presentado como un amigo de su sobrino, participé de la cordialidad. Nos pusimos a hablar de pedagogía y resultó que la señora era un talento para hacer labores, calados, bordados y filigranas escolares. Nos abrió varios cajones y cajas llenos de trabajos prácticos que ella calificó de *monadas* y, como la habitación era algo pequeña, quedamos pronto literalmente cercados dentro de una blanca oleada de puntillas, de tules y de bordados. Creí comprender que el ideal pedagógico de aquella señora era llegar a conseguir que las escuelas nacionales pudiesen hacer la competencia a las monjas en el campo de las labores y los calados.

Agotada la materia pedagógica, la conversación derivó hacia lo que constituía el flaco de aquella señora: la casa real. La maestra resultó ser de un monarquismo delirante, integral. Confieso que me quedé parado. Hasta entonces había vivido siempre en Cataluña y seis meses en Francia. Había tenido ocasión de tratar con algún raro monárquico. Los monárquicos con que había tratado me habían producido la impresión —hablando en general— de personas irónicas, por lo que respecta a la Monarquía, por supuesto, siempre que no mediase una

cuestión de interés o de ambición que rematar. Y hete aquí que me encontraba ahora delante de una señora de carne y hueso que profesaba los ideales monárquicos de una manera normal, esto es, de una manera mágica. Por eso es por lo que decía que me quedé parado. Más tarde me fui curando de espanto. Y a la larga comprendí que en el centro de España solo hay una forma política activa, que es la Monarquía y la casa real. Los republicanos cuyo trato frecuenté después en Madrid me dieron la sensación de ser unos monárquicos desengañados, pero nostálgicos, que se habían hecho republicanos porque el rey no les había sonreído al pasar o porque alguna persona de la familia había perdido las oposiciones de la carrera de caballería o de sobrestante. Había tal vez una excepción: los republicanos que habían vivido fuera de España. Estos eran más coriáceos.

Las formas de monarquismo de aquella señora no eran, aparentemente, ninguna cosa del otro jueves, eran unas formas de adhesión y entusiasmo con los mismos síntomas que caracterizan cualquier forma de proselitismo familiar. Por eso eran importantes. Su amor a las instituciones era tan natural que se consideraba muy próxima a la familia real. Así, en la conversación trataba de tú, con espeluznante facilidad, a diversas personas de la familia: a la infanta Isabel la llamaba la Chata, y a la reina madre, Cristina, escuetamente, como si fuese la vecina de al lado. Conocía una infinidad de anécdotas e historietas de la familia reinante, la corte y la aristocracia, seguía la vida de esa gente con un detallismo lleno de puerili-

dad y hasta me pareció que en su fuero interno había dividido todo aquel mundo en dos partes: la de los buenos, que eran mayoría, y la de los malvados, ciertamente excepcionales y raros.

«No me gusta que esté ese hombre en la corte... —decía hablando de un duque al que yo no había oído nombrar nunca—. Nos dará un disgusto y cuando se quiera arreglar será tarde...».

Las anécdotas que contaba no tenían nada de particular, eran insignificantes. Eran cosas de tercera o cuarta mano que habían llegado hasta ella a través de un espeso tejido de chismorreos subalterno, pero mágico. Sorprendía solamente la abundancia de documentación minúscula de que podía disponer aquella señora y la manera de referir las cosas, siempre con una punta de oficiosidad y ternura, de sentimentalismo y compasión maternal. Una vez leí en el *Daily Express*, de Londres, que la hija de los duques de York —una criatura de dos o tres meses a lo más— era el niño más inteligente del Imperio británico. Esa misma mentalidad le hacía decir a ella, hablando de un dolor de muelas que aquejaba entonces a un príncipe de primer grado:

«¡Pobre chico!... Es algo que clama al cielo. Padece como nadie en el mundo ha padecido nunca... Por suerte su madre, que es una madre como las hay pocas, no lo deja ni un momento...».

Me consideré muy afortunado de haber conocido tan pronto, apenas llegado a Madrid, a una persona tan curiosa y singular. Es difícil llegar a una ciudad y poder ir tan rápidamente al grano. Madrid es una corte. Una corte se compone de dos cosas: primero

están los de arriba, y después, a su alrededor, el público curioso. Este público es el que acude a los entierros serios y a los funerales importantes, el que contempla embelesado las comitivas y las fiestas del Estado; el que sigue con fervor y rodea de un ambiente de chismorreos vital la dorada y perpetua parada de las altas personalidades. En todas partes donde hay una corte, hay también un público de héroes oscuros, capaces de hacer el sacrificio de aguantar a pie firme tres o cuatro horas para ver pasar una brillante cabalgata. Entre este público, las señoras más felices son las que pueden lograr que las peine la peinadora suplente de la marquesa Tal o Cual... Y, entre los caballeros, los que han podido llegar a comprender cierto ideal —un ideal que se podría definir perentoriamente como un ideal cívico-militar de base burocrática—. De la existencia de esa masa heroica depende, en el mundo de la sociedad, que una ciudad se diga que es distinguida, noble y leal.

«¡Barcelona! —nos decía la señora con menosprecio mal disimulado—, ¡qué ciudad más basta, más aletargada, más extravagante!... No sería capaz de vivir allí. No hay más que comerciantes...»

No me atreví a preguntar de dónde era aquella señora. Pero por el acento andaluz que tenía su castellano —acentos que usa todo catalán que hable bien el castellano— deduje que, si no era de Mataró, al menos había pasado muchas temporadas en Premiá de Dalt.